

Las siete últimas palabras del salvador en la cruz



ROBERTO BRAVO BELTRÁN

Hace tantos años como libros y obras de arte se han hecho sobre él, nació una persona que por tener cualidades que lo hicieron sobresalir en su comunidad, fue objeto de los sentimientos más encontrados por parte de los demás, finalmente fue destruido por unos y otros. Después de muerto lo rescataron: sus cualidades fueron creciendo conforme se hizo grande y poderoso el grupo que lo encumbró, llegó a convertirse en objeto de adoración, para lo cual necesitó una iglesia. Con el tiempo, este grupo llegó a ser la organización más poderosa de lo que la historia llama mundo, y como quien se adueña del poder se apodera de los privilegios, en 1786 José Saluz de Santa María, marqués de Valde-Iñigo y canónigo de la Santa Cueva, en Cádiz, pidió a Franz Joseph Haydn, por mediación del marqués Francesco Mirón, una pieza orquestal basada en el tema de las siete palabras de Cristo. La obra fue terminada en el invierno de 1786 a 1787; estrenada en Viena el 26 de marzo de 1787 y en Cádiz el Viernes Santo de aquel mismo año. Las siete palabras de Cristo ha sido, de entre las obras orquestales de Haydn, injustamente relegada porque no se ajusta a las convenciones de los conciertos. Haydn la recordó siempre por la dificultad que le representó componer siete adagios con una duración aproximada de diez minutos, como se lo habían pedido, sin aburrir al público. De la composición se hicieron varios arreglos: para piano, solistas, coro y orquesta y también para cuarteto de cuerdas. Este último arreglo es uno de los más hermosos que se haya hecho para estos instrumentos. Toda la obra trasmina un recogimiento que lleva al

escucha a una paz interior muy en contradicción con el tema que la originó.

Aunque sabemos que la leyendaria de Jesucristo en la cruz, suma uno tras otro episodios apócrifos: es difícil creer que su voz moribunda haya podido ser escuchada por nadie que no estuviera cerca de su rostro, y las circunstancias indican que nadie estaba cerca del crucificado. Pueden decir, con la razón que esgrimen quienes de esto viven, que era hijo de Dios y que todo lo podía menos desclavarse de los maderos porque quiso cumplir con la voluntad de su Padre que era precisamente verlo morir, y pueden creerlo los creyentes que por eso reciben este nombre.

Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen.

En el momento en que Cristo pronuncia estas palabras, está inerte ante la naturaleza y el mal físico y mental que recibe de quienes lo están destruyendo. Esta capacidad de conciencia en un momento tan crítico y próximo a la muerte habla de las cualidades extraordinarias que se le atribuyen. Cuando pensamos en el hombre común, sometido no a estos rigores extremos sino al mal que puede recibir en la vida diaria de sus semejantes sólo porque son sus vecinos o porque realiza actividades en las que forzosamente tiene que ver con sus agresores, éste, adjudicándose la potestad divina, perdona como Dios lo haría, cuando el agravio es leve. Las faltas mayores que cometa en la sociedad están fuera de este ámbito, pues se espera que la justicia terrenal dirima sobre ellas y que castigue a quien lo merezca; en eso se mide el buen desempeño de un gobierno también. Pero el caso de Jesucristo es otro. A él lo violentan el Estado y el poder de los grupos que lo conforman. Cristo lo sabía bien y no podía menos que odiar a quienes lo agredían; pero quienes diseñaron su figura no podían permitirle odiar; una de sus cualidades tenía que ser su comprensión extraordinaria para que de esa manera diera

una enseñanza para todos aquellos que sufren ofensas, o cualquier atropello que supere el límite del perdón humano.

Hoy, quiero decir en estos días, el Papa, jefe supremo de quienes han elaborado toda esta doctrina, pide perdón a sus creyentes por los atropellos en que han incurrido quienes han formado parte de este gobierno espiritual, desde los máximos jerarcas hasta el más humilde de sus servidores.

Sería largo y gratuito enumerar la cantidad de muertes, torturas, injusticias, despojos de las que ha sido culpable la Iglesia a lo largo de todas las etapas de su historia, lo hemos leído, una y otra vez en los libros sobre las diferentes culturas que ha habido en nuestra civilización.

La sabiduría popular llama a esta petición del Papa lágrimas de cocodrilo, es decir, la bestia pide perdón por asesinar mientras sigue engullendo a la víctima.

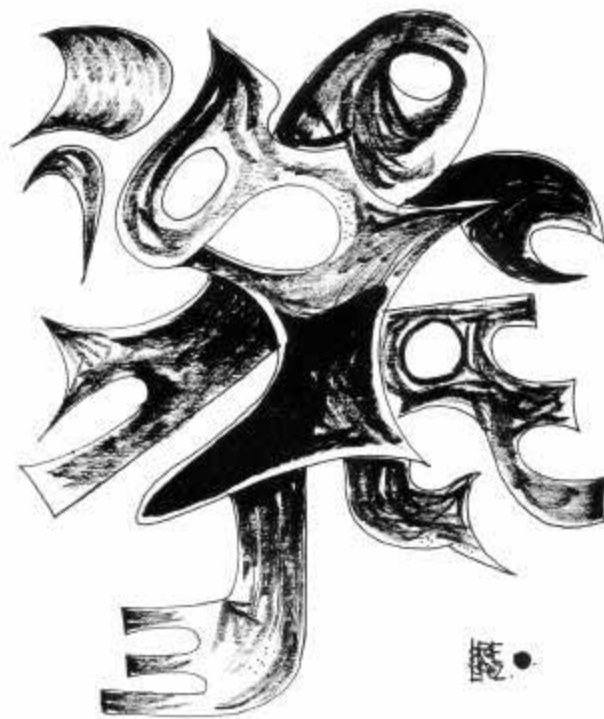
En verdad te digo que este día estarás conmigo en el paraíso.

“La decisión cristiana de encontrar al mundo feo y malo, ha hecho feo y malo al mundo”, nos recuerda Nietzsche, porque “Dios ha muerto [,] nosotros lo hemos matado” y huérfanos de él necesitamos encontrarlo después de la muerte, por eso la religión creó la necesidad metafísica de otro mundo y la supresión de éste, produjo esa otra vida libre de pecado y de ofensas a Dios. Ese interés de la religión, convirtió a las iglesias en “las sepulturas y los monumentos funerarios de Dios”, porque El reino de Cristo no es de este mundo como sabemos y su ubicación correcta corresponde al Paraíso, no el de Eva y Adán que aparece en el Génesis sino donde los bienaventurados gozan de la presencia de Dios después de la muerte, que se logra solamente si se hace lo correcto durante la vida.

No obstante la espiritualidad que implica en la religión cristiana la palabra paraíso, en la cultura popular, esta asociada al mundo de las sensaciones, a lugares y cosas que otorgan placer, por ejemplo una playa, una buena comida y ciertas drogas (paraísos artificiales) por

ello, hay una curiosa paradoja psicológica porque para merecer este premio hay que sacrificar la existencia. Esta lógica es consecuencia de un razonamiento infantil que responde a los deseos del sujeto de pensar el paraíso como un lugar donde todo es posible. Como en el mundo de la Hadas.

A Jesucristo, nuestro personaje heroico, queriéndolo mostrar como un delincuente común, como hoy se sigue haciendo con los chivos expiatorios, lo crucificaron junto a dos ladrones. Un ladrón, no es alguien que sustrae algo a los demás alguna vez por necesidad, es una persona que ha hecho suyo el “oficio” de vivir del producto del trabajo de la gente, para hacerlo bien es observador de los hábitos de las personas, la mayor parte de su tiempo lo usa para vigilar los movimientos de su víctima, a quien, una vez conocidas sus rutinas y debilidades, ataca en el momento adecuado. El ladrón actúa también infiltrado en la multitud, en los vagones del metro y otros lugares públicos. Los dos ladrones que fueron ejecutados con Cristo, como en los cuentos aleccionadores son; uno bueno y otro malo, uno está a la



Jorge López

derecha y el otro a la izquierda, pero los dos tienen la cualidad que los distingue en su oficio y tratan de sacar el máximo provecho de su compañero de castigo. El malo lo increpó: si eres Cristo, sálvate y sálvanos. Como en las grandes tragedias, el ladrón bueno regañó al malo y contestó a su petición: no temas el poder de Dios, aún en este momento en el que vamos a morir. Luego, dirigiéndose hacia Jesucristo le dijo: acuérdate de mí cuando estés en tu reino, a lo que Cristo respondió, en este singular coloquio, lo que dice el título de esta disquisición.

Mujer he ahí a tu hijo. Hijo he ahí a tu madre
 Al decir esto a uno de sus discípulos, Jesucristo lo presentó a su madre para que en adelante se ocupara de ella y la ayudara. Esto es poco posible porque eran tan pocos y todos se conocían; sin embargo, si creyó necesario tener que decir a su madre aquello, fue para que supiera a quien acudir en caso de necesidad. Jesús debió saber con quien contaba para hacer determinadas cosas y con quien otras. Esto se puede inferir porque Cristo dice esto, según San Juan, al discípulo que amaba que era él precisamente, miembro de una familia acomodada de pescadores y amigo íntimo de Jesús. En el grupo no todos eran confiables entonces, pero si necesarios.

En el pensamiento racional de Jesús, como en el del hombre de todas las épocas, existía un conocimiento que le indicaba qué hombres eran aptos para una cosa y quiénes para otra, de la misma manera que por la necesidad de sobrevivir, en todas las civilizaciones ha habido una división del trabajo, en un principio ruda, pero que poco a poco fue sofisticándose hasta convertirse en una ciencia o forma de administrar la vida económica y social de todos. Sin embargo, y sin que se haya convertido en una babel, en el transcurso de la historia ha habido varias formas de interpretar esta realidad vital para el hombre, y una de ellas, poco a poco y con firme propósito, se impuso casi en la totalidad de nuestro mundo y en esos lugares donde se estableció como

norma, las formas de organización de las actividades del hombre se han dejado libres, no para que las ejerzan aquellos que estén más aptos para hacerlo, sino para quien quiera hacerlas o posea los medios para ello. Esta ortodoxia ha creado excesos absurdos que los nuevos apóstoles de esta ciencia, para justificarlos hacen gala de su visión y talento, han reducido a principios simples y de lógica abstracta como si se tratara de un juego, donde los hombres son reducidos a la categoría de fichas que pueden cambiarse de lugar y sacrificarse por el objetivo triunfal de quienes tienen la capacidad de moverlas, y no de seres humanos. Por ejemplo, en una de las secciones del libro de Introducción a la Economía de Paul Samuelson hay un epígrafe que dice más o menos: “hasta un loro podría ser economista con sólo aprenderse estas dos palabras: oferta y demanda”.

En el libro del Nobel de economía hay muchas cosas que incitan a meditar sobre su contenido, porque esta rama de las ciencias sociales aunque tiene su origen en la realidad y su fin es la de organizar de la mejor manera los recursos que posee el hombre y con ello procurar su bienestar, es una ciencia maravillosamente fantástica con la que sus conocedores estructuran modelos destinados a la búsqueda de la comodidad de millones de personas utilizando variables como premisas que habrían divertido al más mediano de los sofistas.

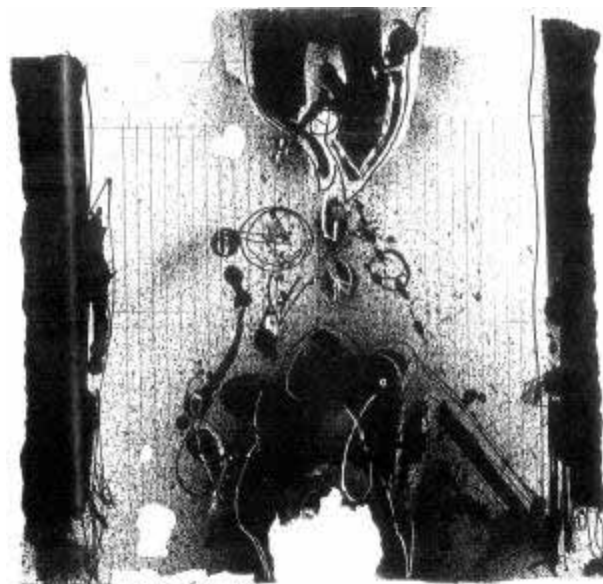
De entre todas las teorías que hay en este libro que introduce al estudioso en la ciencia económica hay una en particular que merece especial atención. La teoría en cuestión es la del punto de equilibrio. El punto de equilibrio sitúa la economía de un país o de una empresa en un lugar determinado en un momento determinado, es decir, utilizando el lenguaje de las gráficas en un plano cartesiano diríamos, por ejemplo, que el punto de equilibrio para la economía en 1996 estuvo en 3(X) y 4(Y). Hoy, a diferencia de hace un año está en 2(X) y 3(Y), pero esto no impide que después vuelva a estar en 3 (X) y 4 (Y) y no por eso seamos más prósperos, sino simplemente

que por situarse en ese punto quiere decir que todas las variables que hacen posible esa situación, por confluir allí se encuentran en equilibrio, y que lo mismo podría ser en otro punto cualquiera dadas las circunstancias de lugar y tiempo, no importa si en él la mitad de la población muere de hambre y no tiene donde vivir.

Este apoyo teórico permite ver cómo el punto de equilibrio de una economía se desplaza al cambiar cualquiera de sus variables, lo cual, aunque teóricamente es correcto, humanamente es absurdo; por esa razón concluimos que la economía es, más que una rama de las ciencias sociales, una de las variantes de la literatura fantástica.

Siempre habrá para la economía de los países y de las empresas un punto de equilibrio, no importa cual sea su situación.

Retomando el epígrafe que afirma que hasta un loro sería economista con sólo aprenderse las palabras oferta y demanda -porque en la teoría económica clásica cuando la oferta y la demanda se encuentran en un punto, allí se determina el precio que regirá en el mercado de un producto-, podemos vislumbrar que en este equilibrio entre oferta y demanda que repiten nuestros economistas encontramos el germen de la tragedia del hombre contemporáneo, la cual ha sido analizada brillantemente por Erich Fromm, ya no desde la perspectiva de la economía pura, sino desde el análisis de las relaciones sociales de los individuos al preguntarse si la estructura social de la civilización occidental y el espíritu que de ella resultan llevan al hombre a desarrollar su capacidad productiva. Desafortunadamente la respuesta es negativa y el argumento que la sostiene es que la sociedad capitalista se basa en el principio de la libertad política, por un lado, y en el principio de la libertad de mercado como regulador de todas las relaciones económicas, y por lo tanto, también de las sociales, por el otro. El mercado de productos determina las condiciones que rigen el intercambio de mercancías, y el mercado del



Mel 2000

Mel

trabajo regula la adquisición y venta de la mano de obra. De tal manera que tanto los productos como la energía y la habilidad humana se transforman en artículos que se intercambian a partir de las condiciones establecidas por el mercado. Ante esta perspectiva, cada miembro juega su papel: el poseedor de capital puede comprar mano de obra y hacerla trabajar para la provechosa inversión de su capital, mientras que el poseedor de mano obra deberá venderla a los capitalistas aceptando las condiciones existentes en el mercado, frecuentemente desfavorables para él, o pasará hambre.

Un ejemplo de los estragos que ha provocado en la vida del hombre común actual este sistema económico incoherente e inadecuado, puede verse en la novela *Las uvas de la ira* de John Steinbeck publicada en 1939, donde el escritor muestra cómo después de una mala cosecha los arrendadores de tierras de algunos de los estados del centro de Estados Unidos la abandonan, sus dueños (bancos y empresas) se las piden:

-“Un hombre puede conservar la tierra si consigue comer y pagar la renta: lo puede hacer.

-Sí, puede hacerlo hasta que un día pierde la cosecha y se ve obligado a pedir dinero prestado al banco.

–Pero, entiendes, un banco o una compañía, no lo pueden hacer porque esos bichos no respiran aire, no comen carne. Respiran beneficios, se alimentan de los beneficios del dinero. Si no tienen esto mueren, igual que tú mueres sin aire, sin carne. Es triste pero es así. Sencillamente es así.

Los hombres acuclillados [levantaron] los ojos intentando comprender. ¿No podemos quedarnos? Quizá el próximo año sea un buen año. Dios sabe cuánto algodón habrá el año que viene. Y con todas las guerras, Dios sabe qué precio alcanzará el algodón. ¿No fabrican explosivos con el algodón? ¿No hacen uniformes? Con las guerras suficientes, el algodón irá por la nubes. El año próximo, tal vez. Miraban hacia arriba interrogantes.

–No podemos depender de eso. El banco,[...] necesita obtener beneficios continuamente. No puede esperar, morirá. No, la renta debe pagarse. El monstruo muere cuando deja de crecer. No puede dejar de crecer. [...]

[Después,] Los enviados [llegaron] al fondo de la cuestión.

[...]–El sistema de arrendamiento ya no funciona. Un hombre con un tractor puede sustituir a doce o catorce familias. Se le paga un sueldo y se queda uno con toda la cosecha. Lo tenemos que hacer. No nos gusta, pero el monstruo está enfermo. Algo le ha sucedido al monstruo.

–Pero van a matar la tierra con el algodón.

–Lo sabemos. Tenemos que obtener el algodón rápidamente antes de que la tierra muera. Entonces la venderemos. [...]

Los arrendatarios [levantaron] la vista alarmados. Pero ¿qué pasará con nosotros? ¿De qué vamos a comer?

–Tendrán que irse de las tierras. [...]Nosotros no somos [culpables], es el banco. Un banco no es como un hombre, el propietario de cincuenta mil acres tampoco es como un hombre: es el monstruo.”

Fue éste el origen por el que los trabajadores de la tierra de estos estados (principalmente Oklahoma), via-

jaron a través de medio país buscando ocupación. Llegaron a la rica California desde donde les habían enviado volantes ofreciéndoles un salario por hora adecuado, pero al llegar, la oferta de mano de obra superó con mucho su demanda y tuvieron que trabajar por un sueldo de hambre, de no aceptarlo hubieran perecido. Las vicisitudes de este éxodo interminable, fueron narradas por Steinbeck en la que fue quizá su mejor obra, las Uvas de la ira.

Para estos agricultores no hubo rescate como el que se ha dado a los banqueros y empresarios en nuestro país y a las líneas aéreas o a Enron en los Estados Unidos.

Esta escuela o corriente de la Economía tiene muchos seguidores, algunos de ellos se encuentran en la denominada Escuela de Chicago que ha dado ya varios Premios Nobel entre ellos Paul Samuelson y Milton Friedman, por supuesto, estadounidenses.

En aras de un futuro superior y basándose en estos simples principios económicos surge este estilo de organización social denominado capitalismo moderno, el cual necesita hombres que cooperen mansamente y en gran número; que quieran consumir cada vez más; y cuyos gustos estén estandarizados y puedan modificarse y anticiparse fácilmente. Necesita hombres que se sientan libres e independientes y no sometidos a ninguna autoridad, principio o conciencia moral –dispuestos, empero, a que los manejen, a hacer lo que se espera de ellos, a encajar sin dificultades en la maquinaria social-; a los que se pueda guiar sin recurrir a la fuerza, conducir sin líderes, impulsar sin finalidad alguna, excepto la de cumplir, apresurarse, funcionar, seguir adelante. En una palabra, cumplir con el rol predeterminado para ellos dentro de este sistema económico-social.

En México, uno de los que ha aconsejado la aplicación de medidas económicas similares para el ejercicio de la administración pública es Gabriel Zaid, quien en La economía presidencial (Obras completas, Editorial

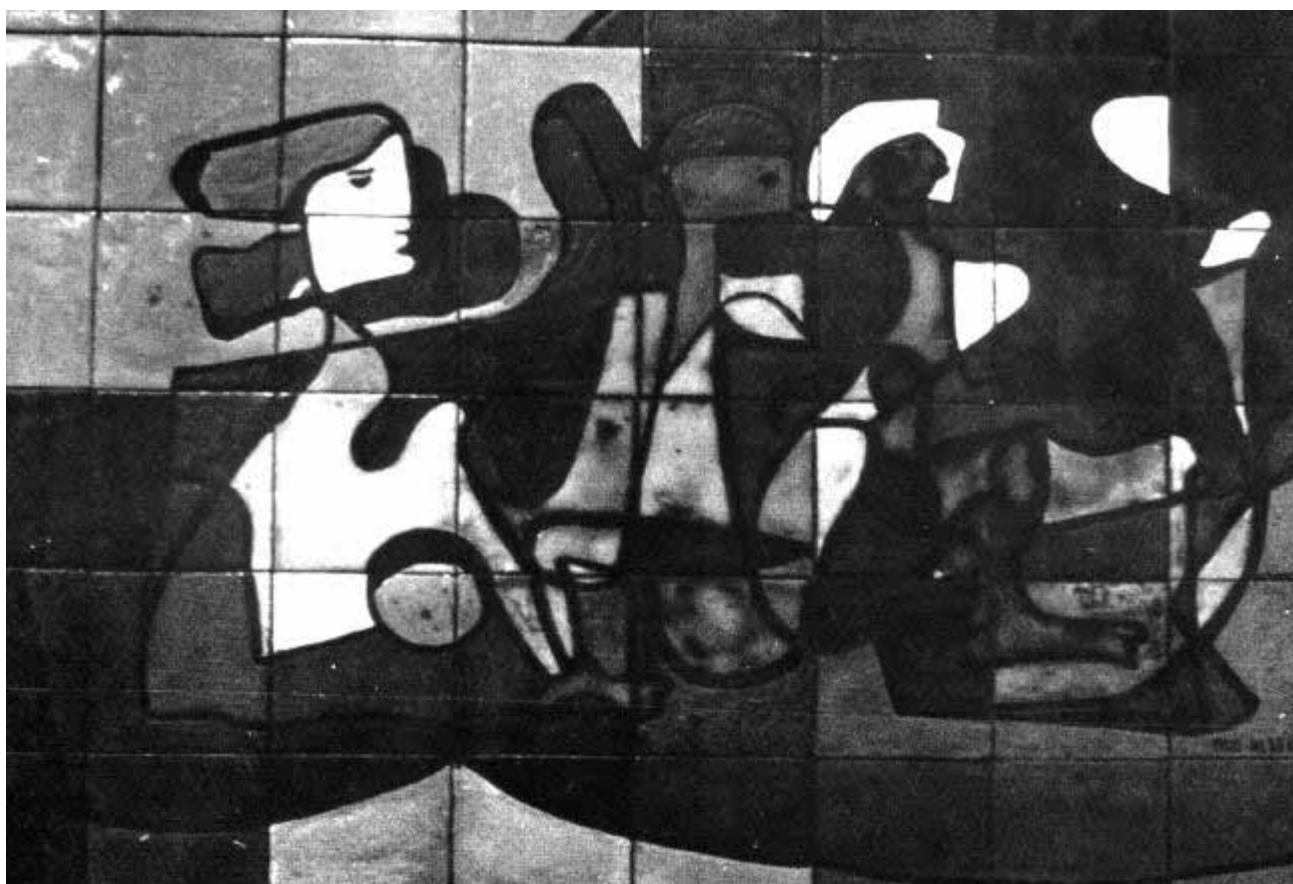
Contenido, 1992), haciendo uso de un excelente sentido común para los negocios proponía “desconectar, desatar, desencadenar, devolver autonomías. Pasar todo lo que se pueda de los Pinos a los otros poderes de la Federación, de la Federación a los Estados, de los Estados a los municipios, del sector público al privado...” Todo ello ya estaba contemplado después de 1982, pues el Estado recibe créditos del exterior y nuestros acreedores no han quitado el dedo del renglón, desde siempre, en que la Administración de nuestro país tome estas medidas. Las secuelas de este estado económico de cosas son múltiples, como múltiples los sufrimientos causados; los más graves de todos son el desempleo y el terrorismo laboral que ha hecho del trabajador un hombre sin atributos que, sumergido en la vida sin meditarlo, navega en ella como una barca de papel en medio de una corriente ocasionada por la lluvia, tratando de sobrevivir entre los tumbos provocados por las piedras y la basura, deambula en la actuali-

dad este hombre adecuado, con la bendición, desde luego, de una iglesia que lo entrega como al cordero del sacrificio y no como Cristo que encarga a su madre con quien le puede dar lo mejor.

Dios mío, Dios mío, por qué me has desamparado

Para Jaime Reyes

Cuando Jesucristo dice estas palabras está clavado en la cruz, por lo que no está abandonado de su dios sino que está inmovilizado por él, la voluntad de los hombres y por lo tanto la de Dios lo pusieron en una situación en la cual no tiene posibilidad de hacer nada sino mantenerse en ese estado hasta expirar. No es el abandono a la muerte del hombre postrado en una cama asistido por su familia, la ciencia y los médicos, sino la espera de ese final ejerciendo la vida en medio del tormento. La muerte de Jesucristo en la cruz es una inmejorable parábola de la vida del hombre común en este espacio donde le es



Iris Aldegani

tan difícil proyectar su ira por lo que le está sucediendo o hacer una síntesis de lo que sus sentidos perciben de una realidad apabullante por la rapidez y fuerza con la que se presenta, por lo tortuoso de esta vida, por ser el mundo contemporáneo donde se mueve, con sus vapores sifilíticos, su inhumanidad, y la vileza con la que se hacen trizas sus sueños, una enfermedad donde chocan sus ilusiones contra el acero de otras necesidades espurias que le imponen el odio, la rabia, la impotencia que hacen que su existencia se refugie bajo unas sábanas sucias o en un auto leproso o en la familia que se diluye y que le hace preguntarse si verdaderamente la necesita o en la mujer con la que vive y que al verla al rostro se descubre pobre, humilde de ser el mismo, desposeído de ese bien inapreciable, porque en ese hogar que todo lo consume, una mujer no es una mujer sino la pared, los cuadros nunca derechos, una servilleta con un tenedor puestos en la mesa o un limón abandonado.

Se duele este hombre, como Cristo, de esta vida, de saberse un bien mostrenco que nadie reclama, y desde su breve e iluminado pedazo de calle donde está depositado, se reconoce huérfano de sí mismo, hombre con un mendrugo que ofrecer, bípedo implume con los bolsillos rotos y los puños apretados resistiendo los embates del mundo hasta que cae desangrado, convertido en multitud, en historia que se repite y todos los años recordamos.

Tengo sed

Para T.S.E.

Cuando Jesús dijo: "tengo sed", quienes lo crucificaron, empaparon con vinagre una esponja y se la acercaron a la boca con una caña para que bebiere de ella. Aquello fue una burla; el sol agostaba su cuerpo todavía más que las heridas. Fue en la estación de secas, cuando todo color desaparece de la vida y el reverbero caluroso habita la intemperie y al sentirlo no sabe uno si está vivo porque todo rezuma muerte. Cuando lo ejecutaban con la

complicidad del astro que posibilita la existencia, en el fondo, en un sitio recóndito halló algo que le permitiera formular un pensamiento:

[...] Aquí no hay agua, sólo roca,
 Roca y no agua, y el camino arenoso.
 El camino sube serpenteando la montaña.
 Que son montañas de roca sin agua.
 Si hubiese agua [me pondría] a beber.
 Entre las rocas no puede uno ni pararse ni pensar.
 El sudor es seco y los pies sobre la arena
 Si sólo hubiera agua entre las rocas
 Muerta montaña, boca de cariosos dientes que no
 puede escupir.[...]
 No hay silencio siquiera en las montañas
 Sino el seco, estéril, trueno sin lluvia.
 No hay ni soledad siquiera en las montañas,
 Sino ceñudos rostros rojos que gruñen entre dientes
 Desde los umbrales de casas de tierra apisonada.
 Si hubiera agua,
 Y no roca,[...]
 Pero no hay agua. [...]
 [Sólo] miedo en un puñado de polvo.

[Otra sed]

El valle de México es un nido rodeado de volcanes, cerros y montañas donde siempre ha habido agua en abundancia y un clima benigno. Centro de un imperio nativo, conquistado y ocupado varias veces, hoy es asiento del gobierno de lo que algunos economistas llaman una neocolonia y su ciudad principal es México. El ritmo de vida de la capital exige de sus habitantes una laboriosidad acuciosa que inicia antes que asome el día y termina ya bien entrada la noche. La ciudad es bella, tiene lo que cualquier metrópoli del mundo y se encuentran en ella vestigios de todas las épocas de su vida milenaria. Por su traza antigua conserva una serie de parques, por ellos, capitalinos y turistas pasean los fines

de semana. De entre los que conozco prefiero el de Coyoacán, caminar por él y sentarse a tomar un café en una de sus bancas o en una jardinera es como estar en una fiesta. El parque está rodeado por la delegación política, el mercado, la iglesia (de San Francisco), cafés, bares, cantinas, refresquerías, bancos, farmacias, restaurantes, fondas, tiendas, discotecas y librerías. Es un placer ver el desfile de modas de todas las clases sociales, jóvenes, drogadictos, ancianos visten su “traje de calle”. Artistas de todos los oficios y pordioseros hacen su lucha al lado de puestos de curiosidades folklóricas y de golosinas. Siento una sensación de bienestar cuando estoy en Coyoacán y es que ahí todo mundo está relajado, sonriente, lejos de las rudezas de sus diversas existencias respiran con libertad el aire delgado del parque. Hasta las palomas comen despreocupadas al lado de los niños que juegan. Soy agradecido con este entorno así que procuro tirar en los botes para la basura los desperdicios de lo que como; por eso recogí este volante que una señora descuidada tiró después de que se lo dieron los campesinos que están parados en la esquina de esta calle, a la sombra de un joven ahuehuete, y que dice:

SIERRA NORTE DE PUEBLA

Disculpen señores de la ciudad, nosotros venimos de una comunidad que se encuentra en pobreza y les molestamos pidiéndoles una cooperación voluntaria y les aclaramos que esta cooperación no va a ir a ninguna organización política que hay en el pueblo, sino que irá directamente a los campesinos porque ellos la necesitan. Esta ayuda no es para hacer obras sino para sembrar y sacar producto del campo que es lo que el pueblo necesita.

QUE TENGAN BUENA MANO CON SU AYUDA
¡MUCHAS GRACIAS!

Esto ha terminado

Después de acercarle al rostro la esponja empapada en

vinagre y cuando Jesús hubo bebido, balbuceó apenas consumado es. Quienes lo crucificaron se acercaron a él y con una lanza le traspasaron el costado derecho para asegurarse de que estaba muerto. De la herida brotó sangre y agua tal y como se ve en los cuadros que los grandes maestros de la pintura han consagrado a ese instante. Siendo un cadáver las cosas dejaron de existir para él, su sufrimiento se extinguió y el mal que vivió fue tragado por la nada; porque a pesar de su “divinidad” murió como un hombre.

Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

Dice la Biblia anotada de Scofield en el evangelio de San Mateo que cuando Cristo dijo consumado es se refería a su obra redentora y que inmediatamente después de darla por terminada despidió a su espíritu y dijo lo que enuncia este título. Clérigos y creyentes ven en esto la confirmación de que Jesús vino a cumplir la misión de redimirnos del pecado original que se trasmite por el nacimiento y que después de hacerlo partió voluntariamente al lugar de donde vino, por eso es llamado El Salvador. ¿De dónde vino? De lo desconocido. Sin embargo, antes de partir, liberó su espíritu. En el dogma, mientras vivimos, el espíritu es prisionero de la carne, y éste se libera con la muerte. Dios son tres personas en una: Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo. De lo que inferimos que sólo el espíritu de Dios es santo y no el de nosotros simples mortales que tenemos que pagar por nuestros pecados. Como Cristo es parte de esa trinidad, Cristo no puede morir porque Dios no tiene principio ni fin porque es eterno, dice el mismo dogma, y esa tautología es un absurdo, valida aquello de muero porque no muero. Éste y otros dogmas han destruido a la humanidad desde que comenzaron a existir y han causado también consuelo y un dolor inimaginable a cientos de millones de personas.